

# Roberto Bañuelas Amparán

(1931-2015)

por José Octavio Sosa

**N**ació en Ciudad Camargo, Chihuahua, el 20 de enero de 1931, el mismo año y mes que en el Teatro Arbeu de la Ciudad de México se escenificaba *Il trovatore* y en donde participaba el reconocido barítono Ángel R. Esquivel que interpretaba a Amonasro, figura importantísima en el proceso vocal y desarrollo artístico de Roberto Bañuelas.

Ingresó al Conservatorio Nacional de Música en 1951 en las clases de música, canto, piano, composición, idiomas y actuación mientras residía en la Casa de Estudiantes de Chihuahua en la capital del país.

Si bien las presentaciones públicas de Roberto Bañuelas habían comenzado con recitales y conciertos en 1954, no fue sino hasta 1957 cuando lo hizo en un escenario operístico representando el papel de Robert en el estreno en México de *La ópera de los tres centavos* de Kurt Weill y Bertolt Brecht, cantada en español. Esto sucedió en el Teatro del Músico durante abril de 1957 (ocho funciones) que concertaba musicalmente el maestro Ernest Roemer. Otra de las muchas facetas artísticas de Roberto Bañuelas fue la composición, y ese mismo año presentó en la Sala Manuel M. Ponce con el llamado *Grupo Renovación* varias de sus obras.

En marzo de 1958 realizó una audición para la Academia de la Ópera de Bellas Artes, cantando 'Nemico della patria' de *Andrea Chénier* y Salvador Ochoa lo aceptó inmediatamente. Tras un mes de haberse incorporado a la Academia, Guido Picco le anunció que en veinte días cantaría el Marcello de *La bohème* de Puccini. Y en efecto, debutó en el Palacio de Bellas Artes el 24 de abril de 1958, dirigido por el propio Picco y en donde compartió el escenario con Maritza Alemán, Eduardo Valles, Humberto Pazos y Alicia Aguilar.

Su primera invitación a la Ópera Internacional de México vino en octubre de 1958 para participar en la producción de *Boris Godunov* de Mussorgski, en Bellas Artes, en el papel de Chelkalov, bajo la dirección musical de Antonio Narducci y con el gran bajo ítalo-ruso, Nicola Rossi-Lemeni en el papel protagónico.

Durante 1959 interpretó *La Creación* de Haydn en el Palacio de Bellas Artes, con el maestro Roemer en el



Roberto Bañuelas

podio y debutó en la Ciudad de Monterrey, Nuevo León, en el Teatro Florida, cantando Lescaut en *Manon Lescaut* de Puccini, a lado de la soprano Antonietta Stella.

Debutó en la Ópera de Sofía, Bulgaria, en 1971 cantando Germont de *La traviata* y Scarpia en *Tosca*, y fue contratado por tres años por la Ópera de Hamburgo (entonces Alemania occidental), al mismo tiempo que era llamado como artista huésped a Berlín, Múnich, Stuttgart, Frankfurt, Mannheim y Düsseldorf, así como por los teatros de ópera de Praga, Bucarest, Amberes y Tel Aviv, pero no por tres años sino por 10, en donde se convirtió en primer barítono no sólo de la Hamburgische Staatsoper, sino de

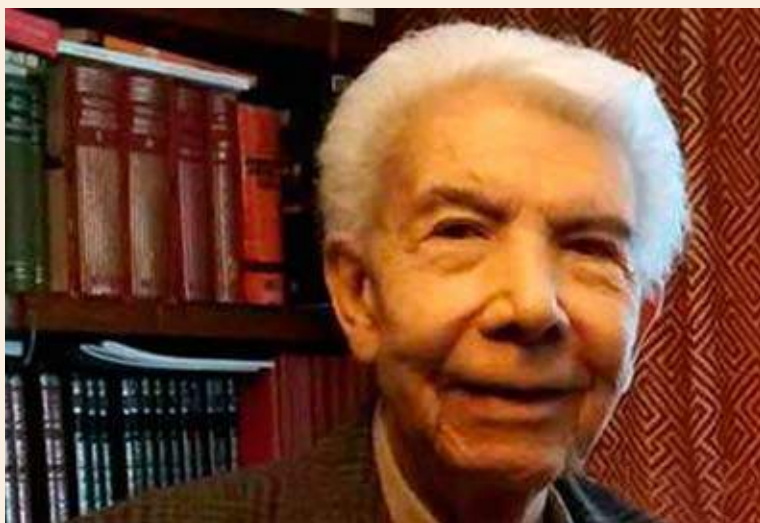
la Deutsche Oper Berlin, entre 1971 y 1981.

Destacó en el estreno mundial, en 1960, de *El pesebre* de Pablo Casals. Cantó en los estrenos mundiales de las óperas *Misa de seis* de Jiménez Mabarak, *La señora en su balcón* de Sandi, *El amor propiciado* de Carlos Chávez —en su versión en español—, *Staatstheater* de Kagel, y en los estrenos en México de *Così fan tutte* de Mozart, *Assassinio nella cattedrale* de Pizzetti, *Le rossignol* y *The Rake's Progress* de Stravinski, *Il prigioniero* de Dallapiccola, que le valió el reconocimiento de la Unión Mexicana de Cronistas de Teatro y Música, y en la cantata *Homero en Cuernavaca* de Saxe.

En 1968 se presentó en el New York City Opera cantando *Bomarzo* de Ginastera, además de Alfio en *Cavalleria rusticana* de Mascagni y Germont en *La traviata* de Verdi. Su brillante labor en Estados Unidos y Europa le permitió actuar en más de quinientas funciones de ópera anuales, bajo la dirección de directores de la talla de Karajan, Ustinov, Zeffirelli, Dexter, Kubelik, Santi, Magiera, Patanè, Stein, Rescigno, Jochum, López-Cobos, Silipigni, Gómez Martínez, Guadagno, Hollreiser, Mackerras, Maazel, Peters, Mata, Janovski y Hilsdorf, y compartir el escenario con figuras como Corelli, Pavarotti, Domingo, Tebaldi, Di Stefano, Bergonzi, Raimondi, Talvela, Cossutta, Nilsson, Christoff, Caballé, Freni, Janowitz, Troyanos, Fischer-Dieskau, Stratas, Ricciarelli, Deutekom, Plishka, Moll, Freni y Giacomini.

Roberto Bañuelas murió el 27 de febrero de 2015. ●

# Requiem por mi maestro



*“Su sacerdocio fue el respeto al arte y a la excelencia en el quehacer artístico”*

Hace algunas semanas, después de un ensayo de *Tosca*, organicé una cena en casa con algunos alumnos para escuchar las grabaciones de mi maestro Roberto Bañuelas: concretamente la versión en vivo con la Filarmónica de la UNAM que grabara con Héctor Quintanar. Todos comentábamos el deseo de llegar a ser un día como él. No sospechábamos que su despedida estaba cerca.

Los que han visto la película de la autista que logró un doctorado, *Temple Grandin*, seguramente entenderán mi silencio hasta el día de hoy. “... Él ya no está ahí, sólo decidió mudarse a vivir en mi mente y por eso ya no estaré triste”. Todos los que tengan alumnos me entenderán: somos herederos vivientes de nuestros grandes maestros. Ellos siempre vivirán a través de nosotros y luego de nuestros alumnos, en una cadena interminable de gratitud, admiración y respeto.

Conocí al maestro Roberto Bañuelas en mis años de confusión como cantante, cuando se necesita desesperadamente, más que una guía vocal, un ejemplo a seguir, alguien a quién admirar, porque un discípulo necesita creer en un verdadero maestro. Él me ayudó más que a encontrar un camino para mi propia voz, un sendero para mi vida, y con su ejemplo inspiró a propios y ajenos.

De carácter fuerte, autoritario, yo no siempre entendí todo lo que me decía, ni sus silencios y su espontánea sonrisa abierta. Afable y alegre, no aceptaba sobornos, ni andaba en tratos con la ignorancia en ninguna materia que llamara su atención, lo mismo política, económica, estética o educativa, para todo parecía tener una respuesta y saberlo todo.

Siempre me llamó la atención su aguda crítica a la injusticia, al nepotismo, a la corrupción, a la mediocridad, al abuso de autoridad y a la pequeñez intelectual, moral, creativa o espiritual de los que él consideraba oportunistas del arte. Él sólo respetaba a quien merecía respeto y admiraba la honestidad, el esfuerzo y los logros. No agachaba la cabeza frente a nadie y en actitud quijotesca era capaz de debatir el solo contra una multitud si la razón lo asistía y la injusticia lo provocaba.

Su sacerdocio fue el respeto al arte y a la excelencia en el quehacer artístico en todas sus manifestaciones. Detestaba la falta de entrega, honestidad y ética en la carrera y lo decía a voz en pecho, como lo atestiguan sus libros.

Lejos de ser indiferente o frío, le conmovían las pequeñas cosas. Una vez le pregunté: “Maestro, ¿cómo fue cantar con Karajan?” Y él me contestó: “Karajan es un genio, casi un Dios, pero esa soprano Mirella Freni, no puede uno más que quedarse en los laterales a escucharla cantar como un simple aficionado apasionado toda la función”.

Estudí toda mi licenciatura con él, cuatro breves años, y aún sigo aprendiendo y tratando de descifrar todo lo que me enseñó, pero es tanto que tengo todos sus libros llenos de citas y anotaciones, los releo una y otra vez y siempre encuentro algo nuevo, una respuesta. Del mismo modo, escucho repetidamente sus discos tratando de pescar cómo le hacía y de dónde provenía su proverbial técnica e interpretación. Me regaló doce discos de él y me dijo: “Compárteselos a tus alumnos, tenemos que dejarles algo, porque ellos deben saber de dónde venimos”.

De mente brillante, siempre sorprendente, lo mismo tocaba, componía óperas, canciones, dibujaba, pintaba o escribía libros. Un verdadero Leonardo da Vinci de nuestro tiempo, al que muchos tuvimos el privilegio de conocer, un verdadero maestro, padre y esposo ejemplar. Desde donde estoy sirvan estas palabras, más que de homenaje, como un profundo agradecimiento público por todo lo que él me regaló. Envío mi más sentido pésame a su esposa Doña Hortensia, a sus hijos y a todos los hermanos discípulos de nuestro querido y admirado maestro.

Hagamos que él viva en nuestros alumnos y honrémoslo con nuestro comportamiento profesional y humano. Seamos dignos herederos de las enseñanzas y tornémonos sacerdotes celosos de guardar la verdad, la honestidad y los valores que recibimos de quienes nos forjaron con la esperanza de hacer un mundo mejor.

**por Arturo Rodríguez Torres**